

conocimiento de la naturaleza humana, tanto como del justo valor de las palabras de que se vale Mary Lavín en su propósito de mostrarnos la vida tal cual ella la ve en sus personajes.



EN UNA NOCHE COMO ESTA (1), por Anthony Quayle

Hay actores que no se resignan a ser meros intérpretes de obras ajenas. El demonio de la literatura les conversa a menudo y lo que les dice les induce a escribir. Es el caso, por ejemplo, de Anthony Quayle.

Comenzó su carrera de actor en bulliciosos music halls. Después, cuando sobrevino la guerra, se había convertido ya en una de las principales figuras del Old Vic. Todo lo abandonó para ser soldado, como le correspondía. Y el soldado se hizo escritor, lo cual es armarse de nuevo y luchar siempre.

Su primera novela, «A Ocho Horas de Inglaterra», nace de su experiencia militar en Albania. Es un libro que la crítica celebra. Y esto le mueve a escribir el segundo: «En una noche como ésta».

Anthony Quayle, cuando lo escribe, tiene 34 años. No abandona la escena, por cierto, y a los aplausos que le alcanzan como escritor añade los que el actor consigue en su papel de Enobarbus, en «Antonio y Cleopatra» y de Iago en «Othello».

Pero aquí se trata de «En una noche como ésta».

Habitado al colorido escénico, Quayle construye diversos escenarios para desarrollar su historia que, si bien de escasa extensión, cuenta con numerosos personajes. Detrás de todo esto se percibe a un hombre de teatro, que más de una vez resuelve teatralmente los problemas que se plantea. Y si el lector no aplaude las entradas y las salidas de los personajes es porque el hecho de leer le recuerda que está delante de un libro.

---

(1) *On Such A Night*, por Antony Quayle. —Illiam Heinemann. London,

Como novela, «*En una noche como ésta*» da la impresión de una serie de apuntes para escribirla. Como telón de fondo tenemos el rumor de la guerra. Lo que ha interesado a Anthony Quayle es la presentación de un «quisling», es decir, de un traidor a la manera de Vidkun Abraham Quisling, el noruego que entregó su patria a los alemanes. Si Quisling pagó su traición, al final de la guerra, ejecutado en la Fortaleza de Akershus, el de este libro tiene un final, indudablemente, más novelesco. Es que aquí el traidor es inglés y muere, antes de cumplir sus propósitos, de manos de un soldado que le dispara en la soledad de una noche admirable, mientras los cañones antiaéreos se ejercitan contra la posibilidad de una incursión enemiga.

Inglaterra no tuvo traidores y Anthony Quayle se divierte imaginando a uno, para castigarle. Pero temeroso de que este hecho no constituya, por sí solo, el nudo ameno de una novela reúne en torno del traidor todos los elementos que, tradicionalmente, seducen a un novelista. Desde luego, aparece una mujer a quien el traidor ama, y que en la noche en que éste muere se entrega a un oficial de la Real Fuerza Aérea, que rápidamente ha sabido hacerse querer.

Si este libro nos deja la sensación de una novela malograda, nos insinúa, sin embargo, la existencia de un novelista. Es muy posible que en venidera ocasión hayamos de celebrar que, sin precipitación como ahora, nos cuente una historia cuyos personajes no sean ya móviles sombras en un escenario distribuido por un escenógrafo cuidadoso de los efectos.—H. DEL S.